

*vias, congregaverunt omnes, quos invenerunt, malos et bonos: et impletæ sunt nuptiæ discumbentium. Intravit autem rex ut videret discumbentes, et vidit ibi hominem non vestitum veste nuptiali. Et ait illi: Amice, quomodò hùc intrasti, non habens vestem nuptialem? At ille obmutuit. Tunc dixit rex ministris: Ligatis manibus, et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. Multi enim sunt vocati, pauci verò electi.*

Todo está preparado para la boda; mas los que estaban convidados no fueron dignos. Id, pues, á las encrucijadas de los caminos, y á todos los que encontrareis en ellas convidadlos para la boda. Salieron en efecto los criados á los caminos, y reunieron todos los que encontraron buenos y malos, de suerte que los asientos del festín quedaron llenos. Habiendo el rey entrado para ver los que estaban colocados, advirtió en uno que no estaba vestido con la ropa de boda, al cual le dijo: Amigo mio, ¿como has entrado aquí sin tener puesto el vestido de boda? Y el hombre quedó mudo. Entonces el rey dijo á sus oficiales: Atadlo de pies y manos, echadlo fuera en las tinieblas; allí no habrá mas que llantos y crujir de dientes; porque son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

### MEDITACION.

*Sobre el pequeño número de los que se salvan.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que no solo es pequeño el número de los que se salvarán con respecto á la multitud cuasi innumerable de infieles, de herejes y de cismáticos, sino tambien con respecto á la muchedumbre asombrosa de fieles que se pierden en el seno mismo de la Iglesia. Pocas verdades hay mas terribles; y ninguna acaso mas clara, ni mas sólidamente establecida que esta.

Entrad por la puerta estrecha, nos dice el Hijo de Dios, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y grande el número de los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta, qué estrecho el camino que con-

duce á la vida, y qué pocos son los que dan con la entrada!

Muchos son los llamados, dice en otra parte (*Matth. 20.*); pero de estos mismos llamados son pocos los elegidos. Habiendo esta terrible verdad, que el Salvador repetia con tanta frecuencia á sus discipulos, movido á alguno de ellos á hacerle esta pregunta: Señor, ¿tan pequeño es el número de los que se salvan? (*Luc. 13.*) El Hijo de Dios para no espantar á los que le escuchaban, pareció como que queria eludir la cuestion, contentándose con decirles por toda respuesta: Hijos míos, la puerta del cielo es estrecha (*ibid.*); haced todos los esfuerzos que podiereis para entrar por ella.

El Apóstol, lleno del espíritu de su divino Maestro (*1. Cor. 10.*), compara indiferentemente á todos los cristianos á los que corren en la lid: todos corren, dice, pero solo uno es el que lleva el premio de la carrera; y para darnos bien á entender que hablaba de los fieles, trae el ejemplo de los israelitas, en cuyo favor habia hecho Dios un número prodigioso de maravillas. Todos habian sido bautizados, dice, por ministerio de Moisés en la nube y en el mar, y de mas de seiscientos mil hombres capaces de tomar las armas, sin contar las mujeres y los viejos, que habian salido de Egipto para ir á la tierra de promision, solamente dos, Caleb y Josué, entraron en ella. ¡Espantosa figura! ¿y son menos espantosos los ejemplos?

De todos los habitantes del universo una sola familia se libró de las aguas del diluvio. De cinco grandes ciudades que fueron consumidas por el fuego del cielo, solas cuatro personas se salvaron del incendio. De tantos paralíticos que esperaban al rededor de la piscina, no era mas que uno el que se curaba cada vez. Isaías compara el número de los elegidos al pequeño número de aceitunas que quedan en los olivos despues de la recoleccion, y á los pocos racimos que se escapan á la vigilancia de los vendimiadores. ¡Buen Dios! aun cuando fuese verdad que de diez mil personas solo una debiera condenarse, yo deberia aun temblar y temer no fuese yo este desgraciado. ¡Ah! tal vez de diez mil apenas se salve una: ¡y yo vivo tranquilo! ¡y yo nada temo!

¡Ah, dulce Jesus mio! ¡qué temible es esta letárgica seguridad! Yo marchó por el camino espacioso con la multitud: ¿y espero llegar al término del camino estrecho? ¡Qué confianza tan irracional!

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que aun cuando la fe no nos enseñase esta terrible verdad, supuestos ciertos principios del Evangelio en que convienen todos los cristianos, bastaria la sola ra-

zon para convencernos que el número de los que se salvan debe ser pequeño.

Instruidos de las verdades de nuestra religion, informados de los deberes del cristiano, convencidos de nuestra inclinacion al mal y de la licencia de las costumbres de las gentes del siglo, ¿puede concluirse que habrá muchos que se salven?

Para salvarse es preciso necesariamente vivir segun las máximas del Evangelio: y ¿el número de los que en el día de hoy viven segun estas máximas es muy grande?

Para salvarse es menester declararse altamente discípulo de Jesucristo. ¡Ah! ¡cuántos hay en el día de hoy que se avergüenzan de parecer tales! es menester renunciar ó en el efecto ó con el afecto á todo lo que se posee, es menester llevar su cruz todos los días. ¡Qué inalterable pureza! ¡qué delicadeza de conciencia! ¡qué humildad tan sincera! ¡qué probidad tan edificante! ¡qué piedad tan sólida! ¡qué rectitud! ¡qué caridad, se necesitan para ser discípulos de Jesucristo! ¿Y por estas señales son muchos los que podrán reconocerse por tales?

El mundo es el enemigo irreconciliable de Jesucristo; no es posible servir á un tiempo á estos dos señores: juzguemos ahora ¿cuál de los dos tiene mas que le sirvan?

No basta el no vengarse para conseguir la salvacion, es menester tambien amar á los que nos maltratan; no basta condenar las malas acciones, es preciso igualmente mirar con horror los menores pensamientos criminales. No solo no es permitido retener los bienes de otro, es preciso tambien asistir á los pobres con los propios bienes. La ley cristiana reprueba todo fausto, todo lujo, toda ambicion; la modestia debe ser el mas bello ornamento de una persona cristiana. ¿Reconócense muchos cristianos por este retrato?

Sabemos cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo. Este es el primero de los mandamientos, y la base de todos los demás: reflexionemos todas estas palabras, y concluiremos que deben ser pocos los que se salven, porque no hay muchos que guarden este mandamiento.

El Evangelio es la regla de las costumbres; ¿cuántos viven el día de hoy segun las máximas del Evangelio? Para entrar en el cielo es menester, ó no haber perdido jamás la gracia, ó haberla recobrado por una sincera penitencia: ¿y es muy grande el número de los justos, ó de los verdaderos penitentes? conforme pues á todas estas pruebas sacadas de nuestra propia razon, juz-

guemos si debe haber muchos que se salven; ó mas bien concluyamos que aun cuando el Hijo de Dios no se hubiera explicado tan claramente sobre este pequeño número, nos vemos forzados por la misma razon á confesar que habrá pocos que se salven.

¡Mi dulce Jesus, que habeis muerto por la salvacion de todos los hombres, no permitais que yo sea del número de los que se pierdan! Sí, divino Salvador mio, perezca el que quiera; por lo que hace á mí, aun cuando no debiera haber mas que un hombre solo que se salvase en todo el universo, sabiendo que yo puedo ser este, quiero, con el auxilio de vuestra gracia, serlo yo.

JACULATORIAS. — ¡O mi Dios! ¡salvad á vuestro siervo que pone en vos solo su esperanza! (*Psalm. 85.*)

¡Ah, Señor! ¡qué estrecho es el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que hallan la entrada de él! (*Matth. 7*)

#### PROPOSITOS.

1 Es evidente que serán pocos los que se salven, en atencion á la multitud asombrosa de cristianos que se pierden. Mas aun cuando este número debiese ser todavia mas pequeño de lo que es, es preciso, á cualquier precio que sea, ser de este número pequeño. Para esto tomemos una resolucion decidida de poner en movimiento todos nuestros talentos y toda nuestra industria, de no omitir nada para un negocio de esta consecuencia. El camino que conduce á la vida es estrecho: por mas que el amor propio, que todas las pasiones esclamen, no hay dos caminos. Resolvámonos desde este momento á hacer los últimos esfuerzos para entrar por la puerta estrecha. Huyamos de todo director, de todo doctor blando, porque son malas guías. El camino es estrecho, representémonosle aun escabroso, difícil, sobre todo cuando se va por él cargados con una cruz; pero ¿hay en que escoger cuando es único? Jesucristo no nos ha enseñado otro; no hay uno de los que se han salvado, que no le haya seguido. ¿Hemos nosotros encontrado algun otro? Este camino es poco frecuentado; guardémonos bien de ir con la multitud: el tumulto que causa, y el polvo que levanta, impiden que se vea su extravío; pero sin duda con la multitud nos perdemos. Huyamos del gran mundo, miremos con horror sus máximas, y sobre todo la que quiere que se viva y se obre siempre como los demás. No nos presentemos jamás en los espectáculos ni en los bailes; evitemos por religion todas las partidas de placer y las reuniones

en las aflicciones domésticas y en los azotes públicos; nuestros pecados son los que encienden contra nosotros vuestra justa ira: nosotros somos los que escitamos las borrascas que nos hacen gemir, y los que ponemos en vuestra mano, por decirlo así, los azotes que nos hacen derramar tantas lágrimas. Enfermedades populares, muertes repentinas, miseria aflictiva, pérdida de bienes, aflicciones, pobreza, amarguras; nuestro propio suelo es el que produce todos los vapores malignos que forman estos rayos. Pero, al fin, en nuestra humillacion podeis hallar vuestra gloria. Nosotros sabemos que nunca os acordais mas de vuestra misericordia, que cuando estais mas airado. (*Habac. 3.*) Adoramos y bendecimos vuestra justicia; pero imploramos vuestra gran misericordia, y os suplicamos que no pongais en ella límites ni medidas. Para inclinar hácia nosotros vuestra ternura es menester toda vuestra bondad, y sobre su estension infinita, sobre su fondo inagotable apoyamos la esperanza de nuestro perdón. ¡O qué dichosos son los que continuamente andan en los caminos de la ley del Señor, que guardan con una fidelidad invariable todos vuestros mandamientos, que se aplican sin cesar al conocimiento de vuestra voluntad, que andan día y noche en la inocencia y que todo su ardor es por agradaros! No hay otro medio para ser felices.

La Epístola es continuacion de la del domingo precedente, y corresponde perfectamente á los sentimientos que inspira el introito de la misa.

*Guardaos, hermanos míos*, escribe S. Pablo á los efesinos, *guardaos y caminad con precaucion*. Vosotros estais en un pais enemigo, el camino es difícil, hay malos pasos, los precipicios son frecuentes, todo en él está lleno de lazos. ¡Qué vigilancia, buen Dios, qué atencion, qué precaucion es preciso tomar! Pero qué locura el caminar como aturdido por un camino tan peligroso! y ¿qué precaucion toman las gentes del mundo en esas reuniones, en esas ocasiones críticas en donde todo tienta? *Por lo que hace á vosotros, mis queridos hermanos*, continua el santo Apóstol, *andad por el camino de la salud, no como gentes sin razon* que no piensan, ni en los peligros que se encuentran en el camino, ni en el término de él; *sino como personas racionales*, que previendo todas las dificultades, los malos pasos y los obstáculos, toman como gente sabia todas las medidas para llegar al término con seguridad.

San Pablo les sugiere el verdadero medio para ello, exhortándoles á rescatar con el buen uso del tiempo presente, tantos bellos días, tantos años perdidos: que es como si les dijera: to-

do el tiempo que no habeis empleado en el importante negocio de la salvacion, que es propiamente vuestro único negocio, es un tiempo perdido; debeis hacer todos los esfuerzos, emplear toda la solicitud, ponerlo todo por obra para reparar una pérdida tan grande. El único medio que os resta para rescatar, por decirlo así, esos días tan mal empleados y de que Dios, sin embargo, os pedirá una cuenta tan terrible, es redoblar el paso en el camino de la salud, santificar todos los días y todas las horas de estos días, por un aumento de fervor y por una piedad enteramente nueva. El santo Apóstol parece que hace aquí alusion al ardor, á la codicia de aquellos mercaderes que todo lo ponen por obra para reparar con una ganancia presente la pérdida que han sufrido en los años pasados, ó tal vez tambien á aquellos viajeros, que debiendo llegar en día preciso al término de su viaje, y habiéndose divertido algun tiempo en el camino, doblan el paso, aguantan el mal tiempo, se quitan hasta las horas del descanso, y hacen un esfuerzo para llegar á tiempo á su término.

Continua S. Pablo sus avisos saludables á los fieles de Efeso, y en sus personas á todos los cristianos, sosteniendo siempre la misma alegoria. *Por esto*, les dice, *no obreis imprudentemente, sino comprended bien la voluntad de Dios*. He aquí en pocas palabras el gran secreto de la vida espiritual. Todo nuestro mérito no consiste en hacer mucho, sino en hacer lo que Dios quiere y de la manera que Dios quiere. El medio de reparar el tiempo perdido, no es el hacer todo género de obras buenas; las obras no son buenas, sino en tanto que agradan á Dios; los primeros deberes que Dios pide son los de nuestro estado, estos es menester cumplirlos con fidelidad. Una madre de familias que descuida el gobierno de su casa, el cuidado de sus hijos, por visitar los hospitales, ó por estar en la iglesia, no hace lo que Dios exige de ella. La voluntad de Dios es que ella comience por cumplir todos los deberes de su estado. Si le queda algun tiempo, puede emplearlo en buenas obras. Apliquémonos á hacer con fervor y con puntualidad lo que Dios quiere de nosotros en todas las cosas; muy pronto seremos entonces santos.

Después de haber dado el santo Apóstol estos avisos generales, descende al pormenor de algunos vicios capitales que deben mirarse con horror por todos los fieles. *Guardaos de los escesos del vino, que conducen á la impureza*. Era muy ordinario en Efeso el vicio de la intemperancia. S. Pablo no podia, al parecer, inspirar mas horror á los fieles contra él, que diciéndoles que el vino enciende los ardores impuros. La castidad no se

mundanas; é impongámonos una ley, y hagamos como un punto de honor de pertenecer al pequeño número de almas piadosas, humildes, fervorosas, que se complacen en sus deberes, que viven en el recogimiento; á quienes el mundo no puede echar en cara otra cosa que el ser muy modestas, muy reservadas, muy religiosas, que el no concurrir á sus placeres ni á sus fiestas. Acordémonos que el reino de los cielos no es dado mas que á la pequeña grey. Es, pues, una verdad que aunque todos sean llamados son pocos los escogidos, porque hay pocos que vivan segun las leyes y las máximas del Evangelio. No tengamos otra regla por donde ordenar nuestra conducta que este Evangelio; y cueste lo que cueste, es menester que seamos del pequeño rebaño.

2. No sabeis, decia S. Pablo (1. Cor. 9), que los que corren en la lid, todos corren á la verdad; pero uno solo es el que lleva el premio: corred de manera que lo obtengais. Para esto, además de los avisos precedentes, observemos los que siguen: 1.º Hagamos de continuo la corte á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Pongamos toda nuestra confianza en este divino Salvador, y profesémosle un amor tierno y respetuoso en este adorable misterio. 2.º La frecuente comunión con los disposiciones necesarias, asegura, por decirlo así, la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. *Porque ¿qué es lo que el Señor tiene bueno y excelente que dar á su pueblo, sino el trigo de los elegidos, dice el profeta Zacarías? (Zach. 9.)* 3.º Una devocion tierna y perseverante á la Santísima Virgen ha sido mirada siempre en la Iglesia como una señal visible de predestinacion. San Juan Damasceno la llama la *prenda segura de nuestra salvacion. (In N. B. V.) Los que hubieren ganado la gracia de María, serán conocidos como conciudadanos suyos por los habitantes del Paraíso; y el que estuviere marcado con este sello, será escrito en el libro de la vida. (Bon. in sal. 10.)* Recemos todos los dias la *Salve Regina* para obtener por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen la gracia de ser del pequeño número de los que se salvan.

## DOMINGO VIGÉSIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

EL vigésimo domingo despues de Pentecostes puede llamarse el domingo del oficial de Cafarnaum, que es el asunto del Evangelio de la misa de este dia. Todo es instruccion en este Evangelio, lo mismo que en la Epístola. Aquél instruye el entendimiento; ésta el corazon. Jesucristo nos enseña cuán viva debe ser la fe; y S. Pablo cuán puras deben ser las costumbres. Así es como la Iglesia escoge para los domingos del año lo que es mas á propósito para despertar nuestra fe, y alimentar nuestra esperanza.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos, que por haber rehusado constantemente tributar á la estatua de Nabucodonosor los honores debidos al solo verdadero Dios fueron arrojados en un horno ardiendo, el cual se convirtió para ellos en un lugar de refrigerio en donde cantaban las alabanzas al Señor, y en el que Azarías hizo á Dios la oracion de la cual están tomadas las palabras de que se forma el introito de la misa.

*Nada habeis hecho, Señor, con nosotros, que no sea justísimo.* Por nuestros pecados hemos merecido los castigos que sufrimos: por mas pesada que sea la mano que nos hiere, por extremos que sean nuestros males, todavia no igualan á nuestra iniquidad. *Confesamos, Señor, que hemos pecado, y que hemos desobedecido vuestros mandamientos, despreciado vuestra santa ley, y violado todos vuestros preceptos.* Pero, ó Dios lleno de bondad, vos sois aun mas misericordioso que nosotros criminales. Nada contribuirá mas á la gloria de vuestro nombre que la indulgencia con que tratáreis á este pueblo ingrato y rebelde. Reconocemos que son enormes nuestros pecados; pero sabemos que vuestra misericordia es infinita, y que nosotros no podemos agotarla. Inclinaos, Señor, á nuestros gemidos y á nuestras lágrimas, y dignaos tener misericordia con un pueblo que habeis amado tanto.

De este modo debe pensarse, y así se debe hablar en todos los accidentes molestos, en todas las aflicciones, y en todas las calamidades públicas. Bendito seais, Señor, por todas las adversidades que nos suceden; por mas severo que sea el castigo, nuestros pecados merecen mucho mas, y siempre nos castigareis mucho menos que lo que merecen nuestras faltas. Sí, Señor, yo reconozco vuestra justicia siempre adorable, vuestro juicio siempre equitativo